

ganar el reino del cielo que en conservar el reino de la tierra, concluyó por resignar espontáneamente el cetro en manos de Alfonso, retirándose á cumplir con las obligaciones del orden sagrado de que se hallaba investido (791). Conocida ya por los grandes la condicion apacible y las altas cualidades de aquel Alfonso que tanto habian repugnado y temido, determináronse á conocerle por rey, posesionándose de esta manera del supremo poder un príncipe que tantas contrariedades habia experimentado. Bermudo vivió todavía lo bastante para gozar en su retiro y en medio de su abnegacion el placer de ver realizadas las esperanzas que de su sucesor habia concebido, manteniendo con él las relaciones mas afectuosas <sup>(1)</sup>.

Falta hacia al pobre reino de Asturias, despues de tantos monarcas ó indolentes ó flojos (pues apenas alguno desde Fruela habia sacado la espada contra los sarracenos) un príncipe enérgico y vigoroso que le sacára de aquel estado de vergonzosa apatía, é hiciera respetar otra vez á los infieles las armas cristianas como en tiempo de Pelayo y de Alfonso el Católico. Mas por lo mismo que va á tomar nuevo aspecto la monarquía cristiana bajo el robusto brazo del segundo Alfonso, fuerza nos es hacer una pausa para dar cuenta de los importantes sucesos que en otros puntos de nuestra España habian durante estos reinados acaecido.

(1) Chron. Albeld. 57.—Sebast. Salmant. 20 24.—Florez, tom. 37.

## CAPITULO VI.

RONCESVALLES.—FIN DE ABDERRAHMAN I.

De 774 á 788.

Educacion de los hijos de Abderrahman.—Defecion del wali de Zaragoza Ibnalarabi.—Pide auxilio á Carlo-Magno contra el emir.—Venida de Carlo-Magno con grande ejército á España.—Llegá á las murallas de Zaragoza.—Se retira.—Célebre derrota del ejército de Carlo-Magno en Roncevalles.—Canto de guerra de los vascos.—Nuevos disturbios en Zaragoza.—Sométela el emir.—Alzan otra vez bandera de rebelion los hijos de Yussuf.—Notable fin que tuvieron.—Paz.—Da principio Abderrahman á la construccion de la gran mezquita de Córdoba.—Nombra sucesor á su hijo Hixem, y muere.

Dejamos á Abderrahman en Córdoba en 774, vencidas las facciones de los Abassidas y Fehries, gozando, si no de paz, por lo menos de un respiro que desde su arribo á España no habia podido obtener. Ibase afianzando el poder de los Omniadas en el centro y Mediodía de España. Los hijos del emir desempeñaban ya cargos públicos importantes. El mayor, Suleiman, era wali de Toledo; el segundo, Abdallah, lo era de Mérida. El tercero, Hixem, el predilecto de su padre,

el que destinaba para sucesor suyo, vivía en su compañía recibiendo la mas esmerada educacion, asistiendo á las asambleas de los cadíes de la aljama y al mexûar ó consejo de estado, instruyéndose en las artes y en las ciencias, de que hacian los árabes alta estima: añaden los escritores que él mismo leía en las academias elegantes versos en elogio de su padre.

Mas al tiempo que reinaba esta calma por la parte de Mediodía, nublábase el horizonte por Oriente, y preparábase por el Norte estruendosa tempestad. Las indóciles tribus berberiscas que tenían su principal asiento en la parte oriental y septentrional de la Península, las mas apartadas del centro del imperio, en sus perpétuos odios de raza no cesaban de conspirar contra el emirato, alimentando siempre la esperanza de la emancipacion. Ya un personage llamado Hussein el Abdari, walí que habia sido de Zaragoza, habia fraguado en esta ciudad una conspiracion, que el walí Abdelmelek, el bravo Marsilio, habia acertado á conjurar, apoderándose bruscamente de Hussein y haciéndole decapitar instantáneamente, dejando con esto por entonces la ciudad consternada y tranquila. Mas estos no eran sino síntomas de otras mas terribles borrascas. El gérmen del descontento minaba sordamente aquel pais; silencio y misterio envuelven el período que siguió á aquel amago de revolucion, y las crónicas no nos dicen ni lo que pasó despues en Zaragoza, ni lo que fué del valeroso Marsilio, ni

quién le reemplazó en el gobierno de la provincia. Sábese solo que en 777 se hallaba de walí de Zaragoza Suleiman ben Alarabi, que lo habia sido de Barcelona por Abderrahman y conducido allí con la mayor fidelidad al emir. Pero el fiel servidor de Abderrahman en Barcelona dejó de serlo en Zaragoza. Acaso el verse al frente de una ciudad tan importante y en que dominaba el espíritu y abundaban los elementos de hostilidad hácia la familia de los Omeyas, le sugirió el pensamiento de alzarse en emir independiente de la España Oriental. Fuese este ú otro semejante su designio, Zaragoza se hizo el centro y asilo de todos los enemigos y de todos los resentidos ó descontentos del emir. Creyó no obstante Ben Alarabi (comunmente Ibnalarabi), que necesitaba el apoyo de un aliado poderoso que le ayudase en sus planes contra el soberano de los musulimes de España. Corria entonces por Eúropa la fama de los grandes hechos de Carlo-Magno, y á él determinó acudir el ingrato walí. Trasadémos por un momento á otro teatro para comprender mejor el interesante drama que se va á representar.

Despues de los célebres triunfos de Cárlos Martéll sobre las armas sarracenas, su hijo Pepino el Breve habia estendido su dominacion desde este lado del Loire hasta las montañas de la Vasconia. A su muerte, acaecida en 768, los estados de Pepino se dividieron entre sus dos hijos Karl y Karloman; mas habiendo ocurrido á los tres años (771) la muerte de Karloman,

hallóse su hermano Karl, el llamado después Cárlos el Grande y Carlo-Magno, dueño de toda la herencia de Pepino hasta los Pirineos. Tuvo Carlo-Magno en los primeros años siguientes ocupada toda su atención y empleadas todas sus fuerzas y toda su política en el Norte del otro lado de los Alpes y del Rhin, peleando alternativamente contra los sajones y contra los lombardos, y oponiendo un dique á las últimas oleadas de las invasiones de los pueblos germanos. Habíanse los sajones sublevado de nuevo en 777; marchó contra ellos el rey franco y los deshizo, y después de haber implantado, como dice un escritor de aquella nación, con ayuda de los verdugos la obediencia y el cristianismo en el suelo rebelde de la Sajonia, los emplazó para que compareciesen en el *Campo-de-Mayo* <sup>(1)</sup> de Paderborn.

Hallábase pues Carlo-Magno presidiendo esta célebre dieta en el fondo de la Germania, cuando inopinadamente se presentaron en ella unos hombres cuyos trages y armaduras revelaban ser musulmanes. ¿A qué iban y quiénes eran aquellos extranjeros que así interrumpían las altas cuestiones que se agitaban en la asamblea? Era Ben Alarabi el wali de Zaragoza, que con Cassim ben Yussuf <sup>(2)</sup>, y algunos otros de sus

(1) Nombre que daban los francos á las asambleas semi-religiosas, semi-militares de la Germania, por haber Pepino trasladado al mes de mayo los antiguos *Cámpos de Marte*. Mas tarde se llamaron *dietas, estados generales, cámaras, etc.*

(2) Aquel tercer hijo de Yussuf el Fehri, que cuando el ejército de

compañeros iba á solicitar de Carlo-Magno el auxilio de sus armas contra el poderoso emir de Córdoba Abderrahman. No desechó el monarca franco una invitación que le proporcionaba propicia coyuntura, no solo de asegurar la frontera de los Pirineos, sino también de ensanchar sus estados incorporando á ellos por lo menos algunas ciudades de España que el disidente musulman le debió ofrecer <sup>(1)</sup>, dado que mas allá no fuesen sus pensamientos de conquistador. Preparóse pues para invadir la España en la primavera del año siguiente (778). Dejó aseguradas las fronteras de Sajonia, pasó el Loire, cruzó la Aquitania, juntó el mayor ejército que pudo, y dividiéndole en dos cuerpos ordenó que el uno franqueára los desfiladeros del Pirineo Oriental, mientras él á la cabeza del otro penetraba por las gargantas de los Bajos Pirineos.

Sin tropiezo avanzó el rey franco con todo el aparato y brillo de un conquistador poderoso por San Juan de Pié de Puerto y los estrechos pasos de Ibañeta hasta Pamplona, cuya ciudad, en poder entonces de los árabes, tampoco le opuso resistencia; y prosiguiendo por las poblaciones del Ebro, talando y devastando sus campos, se puso sobre Zaragoza. Gran con-

Abderrahman tomó á Toledo se hard, concibiendo á persuasión había fugado de la ciudad salvándose á nado. (Cap. IV. de este libro.) del mencionado sarraceno la esperanza de tomar algunas ciudades en España... *Tunc rex persuasione predicti sarraceni, etc.* Eginh-Annal.

(1) «Entonces el rey, dice su mismo secretario y cronista Egin-

fianza llevaba el monarca franco de entrar derecho y sin estorbo á tomar posesion de la ciudad. Grande por lo mismo debió ser su sorpresa al encontrar las puertas cerradas y sus habitantes preparados á defenderla. ¿Qué se habian hecho los ofrecimientos y compromisos de Ben Alarabi? ¿Es que se arrepintió de su obra al ver á Cárlos presentarse, no como auxiliar, sino con el aire y ostentacion de quien va á enseñorearse de un reino? ¿O fué que los musulmanes llevaron á mal el llamamiento de un príncipe cristiano y de un ejército extranjero, y se levantaron á rechazarle aun contra la voluntad de su mismo walí? Las crónicas no lo aclaran, y todo pudo ser. Es lo cierto que en vez de hallar amigos vió Cárlos sublevarse contra sí todos los walíes y alcaides, todas las poblaciones de uno y otro márgen del Ebro, y que temiendo el impetuoso arranque de tan formidables masas, tuvo á bien retirarse de delante de los muros de Zaragoza, con gran peso de oro, dicen algunos anales francos, pero con gran peso de bochorno tambien (1). Determinado á regresar á la Galia por los mismos puntos por donde habia entrado, volvió á Pamplona, hizo desmantelar sus muros, y prosiguiendo su marcha se internó en los desfiladeros de Roncesvalles, sin haber encontrado enemigos. Solo en aquel valle funesto habia de dejar sus ricas presas, la mitad de su ejér-

(1) Annal. Metens.—Id. de Aniano.—Id de Eginhard. ad. an. 778.

cito, y lo que es peor para un guerrero, su gloria.

Dividido en dos cuerpos marchaba por aquellas angosturas el grande ejército de Carlo-Magno á bastante espacio y distancia el uno del otro. Cárlos á la cabeza del primero, «Cárlos, dice el Astrónomo historiador, igual en valor á Anibal y á Pompeyo, atravesó felizmente con la ayuda de Jesucristo las altas cimas de los Pirineos.» Iba en el segundo cuerpo la corte del monarca, los caballeros principales, los bagages y los tesoros recogidos en toda la expedicion. Hallóse éste sorprendido en medio del valle por los montañeses vascos, que apostados en las laderas y cumbres de Altabiscar y de Ibañeta, parapetados en las breñas y riscos, lanzáronse al grito de guerra y al resonar del cuerno salvage sobre las huestes francas, que sin poderse revolver en la hondonada, y embarazándolas su misma muchedumbre, se veian aplastadas bajo los peñascos que de las crestas de los montes rodando con estrépito caian. Los lamentos y alaridos de los moribundos soldados de Carlo-Magno se confundian con la gritería de los guerreros vascos, y retumbando en las rocas y cañadas aumentaban el horror del sangriento cuadro. Allí quedó el ejército entero, allí todas las riquezas y bagages; allí pereció Egghiard, prepósito de la mesa del rey, allí Anselmo, conde de palacio, allí el famoso Roland (1),

(1) El Roldan de nuestros romances, *Hrnodland*.

prefecto de la Marca de Bretaña, allí, en fin, se sepultó la flor de la nobleza y de la caballería francesa, sin que Cárlos pudiera volver por el honor de sus pendones ni tomar venganza de tan ruda agresión (1).

Tal fué la famosa batalla de Roncesvalles, como la refiere el mismo secretario y biógrafo de Carlo-Magno que iba en la expedición, desnuda de las ficciones con que despues la embellecieron y desfiguraron los poetas y romanceros de la edad media de todos los países (2). Por muchos siglos siguieron enseñando los descendientes de aquellos bravos montañeses la roca que Roldan, desesperado de verse vencido, tajó de medio á medio con su espada, sin que su famosa Durindaina ni se doblára ni se partiera; aun muestran los pastores la huella que dejaron estampada las herraduras del caballo de aquel paladin; aun se conservan en la Colegiata de Nuestra Señora de Roncesvalles, fundada por Sancho el Fuerte, grandes sepulcros de piedra, con huesos humanos, astas de lanzas, bocinas, mazas y otros despojos que la tradicion supone pertenecientes á aquella gran batalla.

(1) Eginh. Annal.—Id. Vit. Karol. Magn.—Conde, cap. 20. Pares de Francia, las hazañas de Bernardo del Carpio, y los mil romances, canciones y leyendas á

(2) ¿Quién no conoce la famosa crónica del arzobispo Turpin, las proezas de Roldan y de los Doce que ha dado argumento aquella famosa batalla, incluso lo de:

Mala la hubistes, franceses,  
en esa de Roncesvalles,

que el inmortal Cervantes llegó á poner como el romance mas popular en boca de un labrador del Toboso?

Entre los cantos de guerra que han inmortalizado aquel famoso combate, es notable por su enérgica sencillez, por su aire de primitiva rudeza, por su espíritu de apasionado patriotismo, de agreste y fogosa independencia, el que se nos ha conservado con el nombre de *Altabizaren cantua*, que abajo ponemos en el antiguo idioma vasco, y de que damos aqui una imperfecta traduccion.

«Un grito ha salido del centro de las montañas de los Eskaldunacs: y el Etxeco-Jaona (el caballero hacendado, el señor de casa solariega), de pie delante de su puerta, aplicó el oído y dijo: ¿qué es esto? Y el perro que dormía á los pies de su amo se levantó, y sus ladridos resonaron en todos los alrededores de Altabiscar.

«Un ruido retumba en el collado de Ibañeta; viénese aproximando por las rocas de derecha é izquierda: es el sordo murmullo de un ejército que avanza. Los nuestros le han respondido desde las cimas de las montañas; han tocado sus cuernos de buey, y el Etxeco-Jaona aguza sus flechas.

«¡Qué vienen! ¡que vienen! ¡oh qué bosque de lanzas! ¡qué de banderas de diversos colores se ven ondear en medio! ¡cómo brillan sus armas! ¿Cuántos son? ¡Mozo, cuéntalos bien! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte.

«¡Veinte, y aun quedan millares de ellos! Seria tiempo perdido quererlos contar. ¡Unamos nuestros nervudos brazos; arranquemos de cuajo esas rocas, lancémoslas de lo alto de las montañas sobre sus cabezas: aplastémoslos, matémoslos!

«¿Y qué tenían que hacer en nuestras montañas estos hi-

jos del Norte? ¿Por qué han venido á turbar nuestro reposo? Cuando Dios hizo las montañas, fué para que no las franqueáran los hombres. Pero las rocas caen rodando, y aplastan las haces: la sangre corre á arroyos; las carnes palpitan. ¡Qué de huesos molidos! ¡qué mar de sangre!

«¡Huid, huid! los que todavía conservais fuerzas y un caballo. Huye, rey Carlo-Magno, con tus plumas negras y tu capa encarnada. Tu sobrino, tu mas valiente, tu querido Roland yace tendido allí abajo. Su bravura no le ha servido de nada. Y ahora, Eskaldunacs, dejemos las rocas, bajemos aprisa lanzando flechas á los fugitivos.

«¡Huyen, huyen! ¿Qué se hizo aquel bosque de lanzas? ¿Dónde están las banderas de tantos colores que ondeaban en medio? Ya no despiden resplandores sus armas manchadas de sangre. ¿Cuántos son? Mozo, cuéntalos bien. Veinte, diez y nueve, diez y ocho, diez y siete, diez y seis, quince, catorce, trece, doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.

«¡Uno! ¡ni uno siquiera hay ya! Se acabaron. Etcheco-Jaona, ya puedes retirarte con tu perro, á abrazar tu esposa y tus hijos, á limpiar tus flechas, á encerrarlas con tu cuerno de buey, á acostarte despues y dormir sobre ellas.

«Por la noche las águilas vendrán á comer esas carnes machacadas, y todos esos huesos blanquearán eternamente (1).»

El escarmiento de Roncesvalles aleccionó á Carlo-Magno y le enseñó á abstenerse de traspasar unas

(1) ALTABIZAREM CANTUA.

Oiubal aituia izauda  
Escualdunen mendeüen artelic;  
Eta etcheco-jauna, bere atiaren aiteinian chutic,

fronteras tan ostensiblemente por la naturaleza trazadas, asi como le sirvió para procurar la mejor defensa de aquel natural baluarte por la parte que miraba á sus estados, encomendando su guarda á sus mas fieles condes, abades y leudes, y poniendo la Aquita-

Idekitu beharrüac, eta errandu: norda hor? ¿Cer nahi dantel?  
Eta chacurra bere nausiaren cinetan lo zaguena;  
Alt chatuda eta carasiz Altabizaren ingurniac betoditu.  
Ibanetaren lephuan harabostbat agercenda;  
Hurbilcenda, arrokac ezker eta escuin iotcendi tuie lazic.  
Horida urrundic helduden armada bate burrumba.  
Mendüen capete taric guriec erepuerta emandiot.  
Bere tunten seinuia adiaçinte:  
Eta etcheco-januac bere dardac choroch tentu.

¡Herdurida! ¡herdurida! ¡Cer lantzazco sasia!  
¡Nola cernahi colozco banderas hoi en erdian agertcediren!  
¡Cer sinuitac at heratcendiren hoi en armetaric!  
¿Ceubat dira? Haurza, condaitçac ongi!  
Bat, büa, hirur, laü, bortz, seit, zatzpi, sortzi, bederatzi, hamar.  
hameca, hamabi,  
Hamahirur, hamalaü, hamabort, hamasei, hamazaspi, hemeçortzi,  
hemeretsi, hogoï.

¡Hogoï eta milaca oraïno!  
Hoiën condaticia deubora, gasticia litake.  
Hurbildet çagun gure beso çai lac, errhotic alherabet çagun arroca  
herioc,  
Botha detçahum mendären petharra behera  
Hoiën buruen gaïnezaino.  
Leherdet çagun, herüoaz iodetçagun.

¿Cer nahicuten gure mediataric norteco giçon horiec?  
¿Certaco iendira gere baakiaren maasterat?  
Jaungoicoa mendiac endituemar; nahi izandu hec giçonec ez pasatçia.  
Bainan arroçac biribicoïlea erozcendira tropac leher candituzle.  
Odola currutan badoha, haragi puscac dardaran dande.  
¡Oh! çeubat heçur carrascat huac! ¡Cer odolesco itsasua!

Escapa, escapa, indar eta zaidi ditucniënac.